

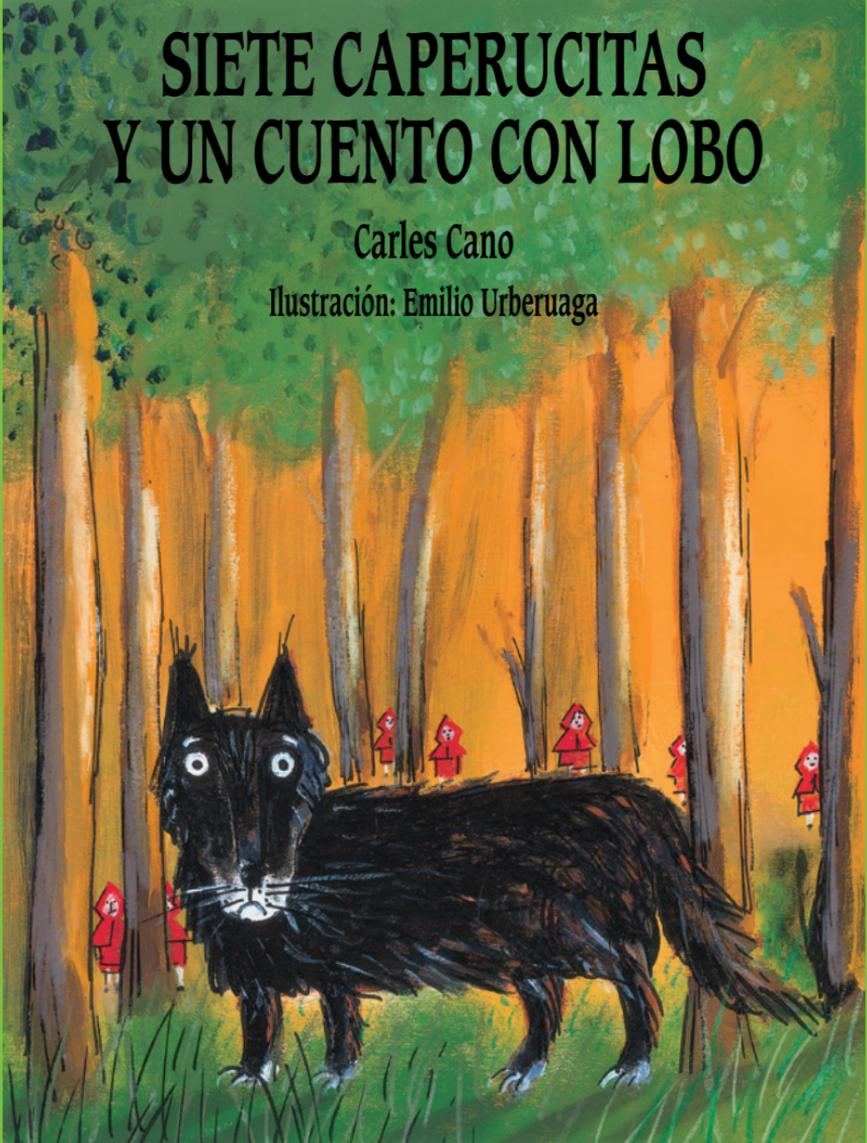


E L D U E N D E V E R D E

SIETE CAPERUCITAS Y UN CUENTO CON LOBO

Carles Cano

Ilustración: Emilio Urberuaga



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Carles Cano, 2016
© De las ilustraciones: Emilio Urberuaga, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2016

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-0848-1
Depósito legal: M-3491-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de
la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta
obra está protegido por la Ley, que establece penas
de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes
reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística
o científica, o su transformación, interpretación
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Carles Cano

**SIETE
CAPERUCITAS
Y UN CUENTO
CON LOBO**

Ilustración: Emilio Urberuaga

Q U E R I D O L E C T O R

Siete caperucitas y un cuento con lobo es una colección de cuentos con Caperucita Roja como protagonista, sería absurdo que se llamase así y la protagonista fuese la Sirenita, o el Gato con botas, ¿no?

Son siete versiones un poco locas y gamberras del cuento clásico en el que, partiendo de los elementos más conocidos, se van introduciendo variaciones, un poco a la manera de Rodari: ¿Qué pasaría si Caperucita hubiese crecido y se hubiese hartado de ir vestida de aquella manera tan llamativa? ¿Y si fuese vampira y se encontrase con un lobo-hombre? ¿Y si un día se deja la capa en casa o si se encuentra con un lobo que no conoce la historia y no sabe que antes de comérsela tiene que entablar un diálogo con

ella? Todas estas preguntas, y unas cuantas más, son las que se responden en este compendio de cuentos, con el clásico de fondo, con la pretensión de demostrar que, a pesar de ser tan conocido, aún se le pueden dar unas cuantas vueltas a la historia para hablar de la rebeldía, del cambio y de la imaginación como motor para transformar nuestras vidas.

Hay cientos de versiones en las lenguas más dispares, y para mí era un reto escribir siete más que fueran originales, divertidas, potentes... Aquí te las dejo, espero que no te pierdas en el bosque, o sí.

¡Auuuuuu!

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Carla' with a stylized flourish underneath.

1

DOMINGO

MI abuelo es escritor. «¡Sí, claro!», protestaréis vosotros, y seguro que alguno dice: «¡Y mi padre bombero!». Hombre, muy habitual no es, ya lo sé, pero seguro que en algún caso esto será verdad, porque los bomberos también tienen hijos y los escritores nietos, ¡faltaría más!

Así pues, como os decía, mi abuelo es escritor, escribe cuentos para niños. Un poco gamberros, todo hay que decirlo, y esto es raro, porque si lo conocierais os parecería un tipo bastante serio, incluso un poco seco. Algunos de sus cuentos son tan bestias que mis padres no me dejan leerlos, dicen que solo me falta eso, que me vaya dando ideas el abuelo, como si yo solito no me bastase y sobrase. A veces me enseña palabras difíciles de defensa personal como: «¡Cállate, zote!» o «¡Como se lo diga al sacamantecas, verás!», que no sé lo que quieren decir, pero como los compañeros con los que discuto de vez en cuando, tam-

poco, se quedan tan desconcertados que se acaba la discusión.

El mes pasado me quedé una semana en su casa, a su cargo. Y al de la abuela, claro, que es la que se ocupa de casi todo lo de la casa y de la comida. Menos mal, porque el abuelo cocina fatal. Lo único que le sale bien es la paella de los domingos, pero no podemos comer paella todos los días, aunque a mí no me importaría. Bueno, olvidemos esto. Me quedé una semana en casa de los abuelos, de domingo a domingo, ocho días, siete noches, como en los cruceros, porque a mis padres les había tocado en un sorteo de la empresa en donde trabaja mi madre justamente eso: ¡un cruce-ro para dos personas! Es una de esas empresas irresponsables que permiten que los padres se marchen de viaje dejando a los niños a cargo de abuelos que les van a consentir toda clase de caprichos y travesuras.

Eso era lo que yo creía, que iba a ser el nieto consentido; que por las tardes, al salir del cole, me zamparía una estupenda merendola preparada por mi abuela y después estaría viendo dibujos animados y jugando a la consola hasta que los ojos se me cayesen a pedazos. ¡Ja! El primer día, y eso que era domingo, mi abuela me dijo que en la nevera había leche y yogures, en la alacena galletas y

cacao en polvo, y que ella se iba a echar la partidita con las amigas. Por si no me había quedado claro quién me prepararía la merienda, antes de salir, desde la puerta, me informó de que entre semana, a esa misma hora, iba al gimnasio. Después de merendar por mi cuenta, me deslizaba sigilosamente hacia la tele cuando oí una voz grave que decía:

—¿Dónde vas, zagal?

¿Zagal? ¿Ese era yo? Debía serlo, porque mi abuelo me miraba directamente a los ojos, con esa mirada suya que te paraliza.

—A... a por los deberes, abuelo —improvisé, que esto se me da muy bien. Quería gritar, decir bien alto: «¡Por Dios, si es domingo, los domingos no se trabaja!». Pero no me atreví.

—Estupendo, Mateo, tráetelos aquí, que yo también tengo «deberes». El que acabe el último baja la basura.

—¿Qué deberes tienes tú, abuelo?

—Un encargo, un cuento.

—¿Me lo contarás?

—Bueno, ya veremos. Si me gusta como queda.

Como siempre, me tocó a mi bajar la basura, porque mi abuelo en cuanto vio que estaba a punto de terminar, cerró el ordenador y dijo que él ya había acabado.

—Déjame verlo, abuelo.

—¿No te fías?

—¿Cómo voy a fiarme, si siempre me haces trampas?

—Entonces, ¿no querrás que te lo cuente esta noche, verdad?

—Vale, me rindo. Pero no valen excusas como: «tengo que retocarlo, aún le falta un poquito...» y cosas así, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. A ti no hay quien te engañe.

A la hora de dormir, me tiré media hora hasta que me salió algo parecido a un silbido, pues mi abuelo me había dicho que cuando estuviera listo —cara y manos limpias, dientes cepillados, pijama puesto y metido en la cama— le diese un silbido. Cuando le conté que todavía no sabía silbar, me contestó que un niño de diez años que no supiera silbar no merecía llamarse niño y que, por tanto, no necesitaba un cuento. ¡Ja! Si pensaba que se iba a librar, lo tenía claro. Llegó arrastrando los pies y dijo que bueno, que como era la primera noche, lo pasaba, pero que la siguiente, si quería cuento, tendría que haber aprendido a silbar.

—¿Y qué cuento me vas a contar abuelo?

—Uno de Caperucita.

—Pero ese ya me lo sé —protesté.

—No, no te lo sabes.

—Claro que sí: sale un lobo que se encuentra con Caperucita en el bosque, él le pregunta a dónde va y cuando se entera de que a casa de su abuela, llega antes por un atajo, se la come y se mete en la cama disfrazado de abuela. Aparece Caperucita y le dice que tiene los ojos, las orejas y los dientes muy grandes y entonces el lobo también se la come. Por último llega un cazador que encuentra al lobo dormido, le abre la barriga, salen Caperucita y la abuela, y después le llena la tripa de piedras. Fin.

—¿Ves como no te lo sabes? Este es otro, este es al revés: *Caperucita Feroz*.

—¿*Caperucita Feroz*?

—Sí, pero calla, que si no me desconcentro:

* * *

LOBITO Y LA CAPERUCITA FERROZ

Lobito, un lobezno alegre y feliz, corría despreocupadamente por el bosque. Iba en dirección al cubil de su abuela, una loba vieja y enferma que apenas si se valía para cazar de vez en cuando algún conejo viejo y enfermo como ella. Le llevaba en la boca un buen pedazo de carne de una pieza que habían capturado sus padres el día anterior. Su madre le había advertido de que no se detuviese por ningún motivo

y que intentase hacer el menor ruido posible, pues podía tener un mal encuentro en el bosque.

La verdad es que era un bocado tierno y sabroso; al llevarlo entre los dientes se le hacía la boca agua e iba dejando un reguero de babas por todo el camino. Caperucita Feroz, una experta rastreadora, no tuvo ninguna dificultad en seguir su rastro sobre la nieve, y atajando por un sendero secreto que solo ella conocía, lo esperó en un recodo. Por supuesto que no llevaba una capa roja ni de ningún color chillón, vestía una capa marrón llena de hojas que cuando se la echaba por encima la hacía pasar desapercibida; cualquiera, animal o persona, la tomaba por un montón de hojas caídas.

Lobito se llevó un susto de muerte cuando vio revolear el montón de hojas junto a un arce y como por arte de magia apareció esa niña horrible de quien le habían contado cosas atroces.

—¿A dónde vas, Lobito? —preguntó con cierto retintín, sin dejar de mirarle a los ojos, pero controlando en todo momento aquel sabroso pedazo de carne.

—*A gasa fe mi afuelita* —dijo Lobito sin soltar el bocado y temblando de miedo.

—¿Qué? ¿Qué clase de modales te han enseñado en tu casa, no sabes que no se habla con la boca llena?



Claro que se lo habían enseñado, pero su madre también le había dicho que por nada del mundo soltase aquella pieza de carne hasta llegar a casa de la abuela loba. Tuvo un momento de duda, pero la educación ganó la partida y dejó la carne al lado de sus patas para repetir:

—A casa de mi abuelita, a llevarle algo de carne.

—Estupendo, eso es lo que se llama ser un buen nieto. Conozco a tu abuela desde hace mucho. ¿Querrás llevarle de mi parte una bolsita de hierbas para que se prepare una tisana, no vaya a sentarle mal ese pedazo tan grande de carne?

—¿Y cómo voy a llevarla? Solo tengo una boca.

—No te preocupes, lo tengo todo pensado. —Y diciendo esto, sacó una bolsita de tela que olía muy bien y se la ató al cuello con un cordel. Pero mientras, astutamente, sin que Lobito sospechase nada de aquella encantadora chiquilla que no le parecía tan horrible como se la habían pintado, ella deslizó una piltrafa de carne rancia que cambió por la carne tierna, y escondió esta entre los pliegues de su capa.

Cuando hubo terminado de colocarle la bolsita alrededor del cuello, Lobito le dio educadamente las gracias y vio como desaparecía en un instante, tragada por la espesura. Casi sin mirar, recogió la carne que había sobre la nieve y reemprendió la marcha.

Al principio no notó nada, porque los efluvios de la bolsita de hierbas aromáticas lo tenían mareado, pero poco a poco sintió que la boca se le secaba y que tenía un cierto mal sabor en la lengua. Paró para comprobar el motivo, y al forzar la vista hacia abajo se dio cuenta de que aquella carne tenía un color azulado sospechoso. La dejó sobre la nieve y entonces se dio cuenta del cambio: aquella malvada niña había aprovechado el momento en que estaba distraído mientras le ponía el collar de hierbas, y le había cambiado el pedazo de sabrosa carne por aquella piltrafa rancia y maloliente. ¡Puaj! ¡Qué asco! Se enjuagó la boca con nieve y masticó aquellas hierbas que colgaban de su cuello para quitarse el mal sabor de boca. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de haberse dejado engañar? ¡Si se lo habían advertido!

Volvió a casa con el rabo entre las patas, avergonzado. Su madre le echó una buena reprimenda y después le dio otro pedazo de carne, no tan tierna, para que se la llevase a la abuela loba.

—Y sobre todo, no vayas por el bosque, vete por el roquedal, allí no creo que te encuentre; y si lo hace, será más difícil que pase desapercibida y te dará tiempo a huir; tú tienes cuatro patas y ella solo dos. Eres un lobo, ¡recuérdalo!

Í N D I C E

1. DOMINGO	7
Lobito y la Caperucita Feroz	11
2. LUNES.....	25
¡A la porra la capucha roja!	26
3. MARTES	37
Caperucita sin capa.....	38
4. MIÉRCOLES	46
Caperucita Arco Iris	46
5. JUEVES	65
Caperucita Salvaje	67
6. VIERNES	78
Caperucita Vampira	80
7. SÁBADO	91
Caperucita y el lobo despistado	94
Contar (a las) ovejas	97
8. DOMINGO OTRA VEZ	106



EL DUENDE VERDE

Mateo va a pasar ocho días en casa de sus abuelos, mientras sus padres están de viaje. Cada noche, su abuelo le contará una versión distinta y muy divertida del cuento de Caperucita Roja. Esta ya no será una dulce e ingenua niña, sino que se convertirá en una cazadora de lobos, en una joven que quiere disfrutar de la vida o en una terrible vampira.

Edad recomendada
para este libro:
A partir de 10 años

ISBN 978-84-698-0848-1



9 788469 808481

www.anayainfantiljuvenil.com

1571204

ANAYA